

## CAPÍTULO XVII

Formación del nuevo Directorio. - Moulins y Roger-Ducós substituyen á Larevelliere y Merlin. - Cambio en el ministerio. - Leva de todas las clases de quintos. - Empréstito forzoso de cien millones. - Ley de los rehenes. - Nuevos planes militares. - Vuelven á comenzar las operaciones en Italia, nombrándose á Joubert general en jefe. - Batalla de Novi y muerte de Joubert. - Desembarco de los anglo-rusos en Holanda. - Nuevos disturbios en el interior. - Desencadenamiento de los patriotas. - Arresto de once periodistas. - Destitución de Bernadotte. - Proposición para declarar la patria en peligro.

Los años desgastan los partidos, pero se necesita mucho para concluir con ellos, pues las pasiones no se extinguen sino con los corazones en que se encendieron. Es preciso que toda una generación desaparezca; entonces no quedan de las pretensiones de los partidos sino los intereses legítimos, entre los cuales puede operar el tiempo una conciliación natural y razonable; pero antes de este término, los partidos son indomables por la sola fuerza de la razón. El gobierno que quiere hablarle el lenguaje de la justicia y de las leyes, llega á ser muy pronto insoportable, y cuanto más moderado haya sido, más le desprecian como débil é impotente. Si cuando da con corazones sordos á sus consejos quiere valerse de la fuerza, se le declara tiránico, diciéndose que no sólo es débil, sino mal intencionado. Si se esperan los efectos del tiempo, sólo con gran despotismo puede dominar á los partidos irritados. El Directorio era aquel gobierno legal y moderado que quiso someter al yugo de las leyes á los partidos que la revolución produjo, y que no habían desfallecido al cabo de cinco años de lucha y de reacción. Coligáronse todos, como acabamos de ver, el 30 pradial, para derribarle. Una vez caído el enemigo común, halláranse en presencia unos de otros, sin ninguna mano para contenerlos, y vamos á ver cómo se condujeron.

Por más que la Constitución no fuese ya sino un fantasma, no estaba abolida, y era necesario reemplazar con una sombra al Directorio ya caído. Gohier había substituído á Treilhard; debíanse nombrar los sucesores de Larevelliere y Merlin, y eligióse á Roger-Ducós y Moulins. El primero era un antiguo girondino, hombre honrado, poco capaz y completamente sometido á Sieyes, habiendo sido nombrado por la influencia de éste para ocupar un puesto en el Consejo de los Ancianos. Moulins era un general oscuro, empleado en otro tiempo en la Vendée, republicano ardiente é íntegro, nombrado como Gohier por la influencia del partido patriota. Habíanse propuesto otras notabilidades civiles ó militares para formar el Directorio; pero fueron rechazadas: era evidente, según estas elecciones, que los partidos no querían tener amos, puesto que no elevaron al Directorio sino medianías á las que se encargan de ordinario todas las interinidades.

El Directorio actual, formado de partidos opuestos, como los Consejos, era más débil aún y menos homogéneo que el precedente. Sieyes, el único hombre su-

perior entre los cinco directores, soñaba en una nueva organización política, según ya hemos visto; era el jefe del partido que se calificaba de moderado ó de constitucional y cuyos individuos todos deseaban no obstante una nueva Constitución. No tenía más amigo entre sus colegas que Roger-Ducós. Moulins y Gohier, fogosos patriotas ambos, incapaces de concebir más de lo que existía, querían la Constitución actual, pero ejecutándola é interpretándola en el sentido de los patriotas. En cuanto á Barras, llamado naturalmente á dividirlos, ¿quién podía contar con él? Este caos de vicios, de pasiones, de intereses y de ideas contrarias, que ofrecía la república moribunda, era por sí solo el emblema viviente. La mayoría, dependiendo de su voto, quedaba entregada á la casualidad.

Sieyes dijo asaz claramente á sus nuevos colegas que se encargaba de la dirección de un gobierno amenazado de próxima caída; pero que era preciso salvar la república, ya que no pudiera salvarse la Constitución. Aquel lenguaje desagradó mucho á Gohier y á Moulins, y fué mal acogido por ellos; y así es que desde el primer día pareció no reinar acuerdo en las ideas. Sieyes habló del mismo modo á Joubert, el general á quien se quería atraer al partido reorganizador; pero Joubert, veterano del ejército de Italia, tenía los sentimientos de tal; era ardiente patriota, y las miras de Sieyes le parecieron sospechosas; confesólo secretamente á Gohier y á Moulins, y pareció aliarse con ellos por completo. Por lo demás, estas eran cuestiones que no podían suscitarse hasta más adelante: lo más urgente era administrar y defender la república amenazada. La noticia de la batalla del Trebbia, circulada por todas partes, alarmaba todos los ánimos, y era necesario adoptar grandes medidas de salvación pública.

El primer cuidado de un gobierno es hacer todo lo contrario de aquel que le precedió, aunque sólo fuera para obedecer á las pasiones que le hicieron triunfar. Championnet, aquel héroe de Nápoles tan elogiado por todos, Joubert y Bernadotte, debían salir de la prisión ó de la desgracia para obtener los primeros empleos. Championnet obtuvo al punto la libertad, y se le nombró general de un nuevo ejército que se trataba de formar á lo largo de los grandes Alpes. A Bernadotte se le encargó el ministerio de la Guerra, y confirióse á Joubert el mando del ejército de Italia, porque sus triunfos en el Tirol, su juventud y su heroico carácter

inspiraban las mayores esperanzas, y los reorganizados le deseaban triunfos y gloria para que pudiese apoyar sus proyectos. Muy buena era sin duda la elección de Joubert, mas también era una nueva injusticia para Moreau, que con tanta generosidad había aceptado el mando de un ejército batido, salvándole con tanta pericia; pero los patriotas, que eran los que á la sazón triunfaban; no querían mucho á Moreau, á quien dieron el mando de un proyectado ejército del Rhin que todavía no se había formado.

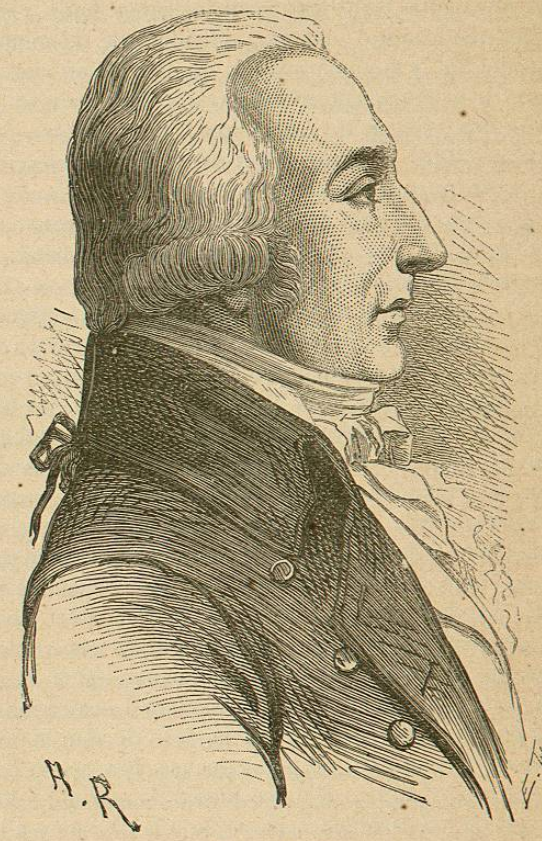
Hubo además diversos cambios en el gabinete: el ministro de Hacienda, Ramel, que había prestado tan grandes servicios desde la instalación del Directorio, administrando durante aquel tránsito tan difícil del papel moneda al numerario, era objeto también de la aversión que inspiraba el antiguo Directorio; y atacáronle tan violentamente, que á pesar del aprecio que inspiraba á los cinco directores, viéronse precisados á aceptar su dimisión. Substituyóle un hombre muy estimado de los patriotas y respetable para todos los partidos: era Roberto Lindet, el antiguo individuo del comité de salvación pública tan interesadamente atacado durante la reacción. Resistió largo tiempo la cartera que se le ofrecía, pues su experiencia de la injusticia de los partidos debía incitarle poco á tomar parte en los asuntos. Consintió, sin embargo, por afecto á la república.

La diplomacia del Directorio no había sido menos vituperada que su administración financiera. Acusábasele de haber puesto la república en guerra con toda Europa, lo cual era inexacto, si se considera sobre todo que los acusadores eran los mismos patriotas, cuyas pasiones habían provocado de nuevo la guerra. Censurábase en particular al Directorio por la expedición á Egipto, en otro tiempo tan elogiada, y pretendíase que había producido el rompimiento con la Puerta y Rusia. El ministro Talleyrand, poco agradable ya á los patriotas como antiguo emigrado, había cargado con toda la responsabilidad de aquella diplomacia, y se le atacaba tan vivamente, que fué necesario proceder con él como con Ramel y aceptar su dimisión. Substituyóle un wurtembergués, quien bajo las apariencias de la sencillez alemana ocultaba notable talento, y que Mr. de Talleyrand recomendó como el hombre más capaz para reemplazarle; era Reinhard. Se ha dicho que esta elección había sido sólo interina, y que Mr. Reinhard no ocuparía aquel puesto sino para esperar el instante en que Mr. de Talleyrand volvería á recobrarle. Lambrechts cesó en el ministerio de Justicia, á causa del estado de su salud, y encargóse de él Cambaceres. En la policía se puso á Bourguignon, antiguo magistrado y patriota sincero y probo.

Fouché, aquel ex jacobino tan flexible é insinuante, á quien Barras interesó en el tráfico de las compañías, proporcionándole después la embajada en Milán y substituído luego á causa de su conducta en Italia, pasaba así como una víctima del antiguo Directorio: debía tomar, pues, parte en el triunfo tributado á todas las víctimas y se le envió al Haya.

Tales fueron los principales cambios introducidos en el personal del gobierno y de los ejércitos; pero no se reducía todo á cambiar los hombres; era preciso proporcionarles nuevos medios de cumplir la misión en cuyo

desempeño habían naufragado sus predecesores. Los patriotas, volviendo según su costumbre á los medios revolucionarios, sostenían que para los grandes males se necesitaban grandes remedios, y propusieron las medidas urgentes de 1793. Después de haberlo rehusado todo al Directorio anterior, no quisieron negar nada al nuevo; deseábase conferirle medios extraordinarios y hasta obligarle á que usara de ellos. La comisión de los once, compuesta de las tres comisiones de gastos, fondos y guerra, y encargada durante la crisis de pradial de proponer los medios para salvar la república, confe-



Roger Ducós

renció con los individuos del Directorio, acordando con ellos diversas medidas que se resentían de la disposición del momento. En vez de los doscientos mil hombres que debían tomarse de las cinco clases de quintos, el Directorio podría llamar á todas; y en lugar de las contribuciones propuestas por el antiguo gobierno, rechazadas con tanta insistencia por las dos oposiciones, imaginóse un empréstito forzoso. Conforme al sistema de los patriotas, fué progresivo, es decir, que en vez de que cada cual contribuyese en razón al valor de sus contribuciones directas, lo cual proporcionaba desde luego los catastros del impuesto territorial por base de repartición, obligóse á cada cual á contribuir según su fortuna. Entonces debía recurrirse á la junta repartidora, que equivalía á cobrar de los ricos por medio de una comisión. El partido medio impugnó este proyecto diciendo que era renovar el terror, y que la dificultad del repartimiento volvería á hacer ineficaz y nula esta providencia, como los antiguos empréstitos forzosos; mas los patriotas respondieron que era menester hacer cubrir los gastos de la guerra, no á todas las clases, sino

sólo á los ricos. Unas mismas pasiones adoptan siempre, como vemos, pasiones idénticas. Decretóse el empréstito forzoso y progresivo, hasta la cantidad de cien millones de francos, reembolsable en bienes nacionales.

Además de las providencias de leva y Hacienda, hubo que acudir á la policía para atajar la renovación de los chuanes en el Mediodía y en los departamentos occidentales, teatros de la antigua guerra civil. Cometiéndose allí nuevas raterías, asesinaban á los compradores de bienes nacionales, á los hombres tenidos por patriotas y á los funcionarios públicos, deteniendo especialmente á las diligencias y robándolas. Entre los que semejantes tropelías afectaban, había muchos antiguos vendeanos ó chuanes, individuos de las compañías del Sol, y también muchos quintos desertores. A pesar de que estos salteadores, cuya reproducción anunciaba una especie de disolución social, tuviesen por principal objeto la rapiña, era evidente, según la elección de las víctimas, que tenían un objeto político. Nombróse una comisión para proponer un sistema represivo, la cual presentó una ley que se llamó de los rehenes, y que se ha hecho célebre bajo este título. Como se atribuía á los parientes de los emigrados y á los antiguos nobles la mayor parte de aquellas fechorías, se trató de obligarles á ofrecer rehenes; de suerte que siempre que un concejo se hallaba en estado de desorden, los parientes ó aliados de los emigrados, los antiguos nobles y los ascendientes de los conocidos por individuos de aquellas reuniones, se consideraban como rehenes, civil y personalmente responsables de los crímenes que se cometieran. Las administraciones centrales debían designar los individuos elegidos por rehenes y tenerlos en casas dispuestas para este objeto, donde debían vivir á sus expensas y voluntad, permaneciendo encerrados mientras durasen los desórdenes. Cuando éstos llegasen hasta el asesinato, debía desterrarse á cuatro rehenes por cada homicidio, deduciéndose de aquí lo que en favor y contra esa ley podía decirse. Era, según decían sus partidarios, el único medio de reprimir á los autores de los desórdenes, sin faltar á la dulzura y á la humanidad. Según sus adversarios, era una ley de sospechosos, una ley revolucionaria, que no pudiendo alcanzar á los verdaderos reos, castigaba en masa y cometía todas las injurias comunes á leyes de esta naturaleza. En una palabra, se dijo en favor y en contra todo lo que tantas veces hemos repetido en esta historia acerca de las leyes revolucionarias. Pero otra objeción más poderosa que todas las demás podía hacerse á semejante medida, y era que, viniendo todos estos crímenes de una verdadera disolución social, el único remedio consistía en reorganizar vigorosamente el Estado y no adoptar resoluciones completamente desacreditadas, que no podían templar de ningún modo los resortes del gobierno.

Por último se adoptó la ley después de una discusión bastante acalorada en que se dividieron con escándalo los partidos que se habían reunido por un momento para derribar al antiguo Directorio. A estas importantes resoluciones, que tenían por fin robustecer al gobierno por medios revolucionarios, se añadieron otras que bajo distintos conceptos debilitaban su poder. Estas medidas accesorias eran una consecuencia de los cargos hechos al antiguo Directorio. Para evitar nuevas escisiones en

lo sucesivo, se decidió que fuese nulo el voto de toda fracción electoral; que se castigase como un atentado contra la soberanía del pueblo á todo agente del gobierno que tratase de influir en las elecciones; que el Directorio no podía introducir tropas en el radio constitucional sin expresa autorización; que no pudiera privarse de su grado á ningún militar sin que así lo decidiera un consejo de guerra; que el derecho concedido al Directorio de expedir mandato de prisión, no se pudiera transmitir á sus agentes; que ningún empleado del gobierno ni funcionario alguno pudiese ser asentista ni tener interés ninguno en las contratas, y que no pudiera cerrarse ningún club sin decisión de las administraciones municipal y central. No estuvieron acordes en la formación de una ley de imprenta; mas no por eso dejó de abolirse el artículo de la del 19 fructidor que concedía al Directorio la facultad de suprimir los periódicos, y mientras se presentaba un nuevo proyecto, quedó la imprenta absolutamente libre.

Estas fueron las providencias tomadas en consecuencia del 30 pradiar, tanto para corregir supuestos abusos, cuanto para comunicar al gobierno la energía que le faltaba. Las providencias que se toman en los momentos de crisis, después de un cambio de sistema, para salvar un Estado, son imaginarias, y rara vez llegan á tiempo para conseguirlo, porque con frecuencia se ha resuelto todo antes de poder ponerlas en ejecución; cuando más, proporcionan recursos para el porvenir. El empréstito de cien millones y la nueva quinta no podían efectuarse hasta dentro de algunos meses. Sin embargo, el efecto de una crisis es poner en juego todos los resortes, dándoles cierta energía. Bernadotte se apresuró á escribir circulares urgentes, y consiguió de este modo acelerar la organización ya comenzada de los batallones de quintos. Roberto Lindet, á quien el empréstito de cien millones no proporcionaba ningún recurso por lo pronto, reunió á los principales banqueros y comerciantes de la capital é invitóles á prestar su crédito al Estado; consintieron en ello, ofreciendo su firma al ministro de Hacienda; formáronse en sindicato, y hasta que llegase el día de recaudar las contribuciones firmaron letras, de cuyo importe debían reembolsarse según fueran efectuándose los ingresos: aquello era una especie de banco provisional, establecido para satisfacer las necesidades del momento.

También se querían formar nuevos planes de campaña, y pidióse uno á Bernadotte, quien se apresuró á presentarle; era muy extraño, y felizmente no se puso en ejecución. Nada más susceptible de multiplicadas combinaciones que un campo de batalla tan inmenso como aquel en que se operaba entonces. Al contemplarle, cada cual debía tener una idea distinta, y si todos podían proponerla y conseguir su adopción, no había motivo para no cambiar á cada instante de proyecto. Si en la discusión es útil la diversidad de pareceres, en la ejecución es deplorable. Al principio se creyó que era preciso operar á la vez en el Danubio y en Suiza; después de la batalla de Stokach no se quiso hacerlo sino en este último punto y suprimiéndose el ejército del Danubio. En aquel momento Bernadotte pensó de otro modo, pretendiendo que la causa de los triunfos de los aliados estaba en la facilidad con que podían comunicarse á través de los Alpes desde Alemania á Italia. Para cor-

tar estos medios de comunicación, quería que se les tomase el San Gotardo y los Grisonos en el ala derecha del ejército de Suiza y que se formase un nuevo ejército del Danubio que llevase la guerra á Alemania. Para obtener este ejército propuso organizar rápidamente el del Rhin, reforzándole con veinte mil hombres de Massena, lo cual era comprometer á éste, que teniendo ante sí todas las fuerzas del archiduque, quedaba expuesto á ser arrollado. Verdad es que hubiera convenido llevar la guerra al Danubio; pero bastaba proporcionar á Massena los medios de tomar la ofensiva para que su mismo ejército fuera el del Danubio, en cuyo caso en vez de debilitar sus fuerzas se debía reunir las todas bajo su mando. Según el plan de Bonaparte, era preciso formar un ejército en los grandes Alpes para cubrir la frontera contra los austro-rusos por la parte del Piamonte. Joubert, reuniendo los restos de todos los ejércitos de Italia y reforzado con tropas disponibles en el interior, debía salir del Apenino y atacar á Suwarow impetuosamente.

Este plan, muy aprobado por Moulins, fué remitido á los generales. Cansado Massena de todos aquellos proyectos extravagantes, ofreció su dimisión, mas no fué aceptada, ni tampoco se ejecutó el plan, y aquel general conservó el mando de todas las tropas desde Basilea hasta el San Gotardo. Habiéndose persistido en el proyecto de reunir un ejército en el Rhin para cubrir esta línea, organizóse un núcleo de ejército en los Alpes, á las órdenes del general Championnet; debía componerse de unos quince mil hombres, y enviáronse á Joubert todos los refuerzos disponibles á fin de que saliera del Apenino. Los refuerzos comenzaron á llegar en mesidor (julio), dirigiéndose á la frontera algunos batallones de veteranos que se hallaban en el interior. Los quintos se organizaban é iban á reemplazar en las guarniciones de las tropas aguerridas. Finalmente, como no había bastantes cuadros para tanto número de quintos, se pensó aumentar el número de batallones en las medias brigadas ó regimientos, con lo cual se podía agregar los nuevos quintos á los antiguos cuerpos.

Sabiase que iba á llegar á Alemania un refuerzo de treinta mil rusos á las órdenes del general Korsakow, y se invitaba á Massena á salir de sus posiciones y atacar las del archiduque, á fin de batirle, si era posible, antes de su unión con aquéllos. El gobierno tenía mucha razón en este punto, porque era urgente hacer una tentativa antes de que se reuniesen tan importantes fuerzas. Sin embargo, Massena rehusaba tomar la ofensiva, ya porque careciese allí de su acostumbrada audacia, ó bien porque esperase la continuación de las operaciones ofensivas en Italia. Los militares han condenado todos su inacción, aunque dió muy buen resultado por las faltas del enemigo, quedando luego reparada por inmensos servicios. Para obedecer, no obstante, á las instancias del gobierno, ejecutando una parte del plan de Bernadotte, que consistía en impedir á los austro-rusos comunicarse desde Alemania con Italia, Massena ordenó á Lecourbe prolongar su derecha hasta el San Gotardo, apoderarse de este punto importante y recobrar los Grisonos. Por esta operación, los grandes Alpes volvían á quedar bajo el dominio de los franceses, y los ejércitos enemigos que operaban en Alemania se hallarían sin comunicación con los que estaban en Italia. Lecourbe llevó á cabo la empresa con la intrepidez y osadía que

le distinguieron en la guerra de montañas y volvió á ser dueño de San Gotardo.

Entretanto, preparábanse nuevos acontecimientos en Italia. Obligado Suwarow por la corte de Viena á terminar el sitio de todas las plazas antes de proseguir adelante con sus triunfos, no se había aprovechado de la victoria del Trebbia. Conformándose á sus instrucciones, hubiera podido conservar fuerzas suficientes para dispersar del todo nuestros restos; mas no poseía bastante el genio de las combinaciones militares para proceder de aquel modo, y pasaba el tiempo en poner sitios. Pescara, Pizzighetone y la ciudadela de Milán habían caído en su poder, sufriendo la misma suerte la de Turín. Las dos célebres plazas de Mantua y de Alejandría se sostenían aún, y preveíase una larga resistencia: Kray sitiaba á Mantua y Bellegarde á Alejandría. Desgraciadamente, todas nuestras plazas habían sido confiadas á jefes sin energía ó sin instrucción; la artillería estaba muy mal servida, porque la formaban cuerpos muy destrozados, y la distancia de nuestros ejércitos de operaciones, retirados en el Apenino, infundía en los ánimos mucha desconfianza. Mantua, que era la principal de aquellas plazas, no merecía ya la reputación que adquirió con las campañas de Bonaparte: la combinación de los acontecimientos, y no su fuerza, prolongaron su defensa; pues Bonaparte, con unos diez mil hombres, redujo á catorce mil á morir en ella de enfermedad y de miseria. Su gobernador actual era el general Latour-Foissac, instruido ingeniero, pero falto de la necesaria energía para defender esta plaza. Desanimado por la irregularidad de ésta y el mal estado de las fortificaciones, no creyó que podría suplir á las murallas con la osadía; además, no tenía bastante guarnición, y desde los primeros asaltos se manifestó dispuesto á rendirse. En Alejandría mandaba el general Gardanne, que era hombre de resolución, pero no de suficientes luces, y aunque rechazó valerosamente el primer asalto, no supo ver en la plaza los recursos que aún ofrecía.

Era temidor (mediados de julio), habiendo pasado más de un mes desde la revolución del 30 pradiar y el nombramiento de Joubert. Moreau comprendía cuán importante era tomar la ofensiva antes de que se entregasen las plazas, marchando con el ejército, reorganizado y reforzado, contra los austro-rusos; pero desgraciadamente, sujetábanle las órdenes del gobierno que le había mandado esperar á Joubert. Resulta, pues, que en aquella infeliz campaña, una serie de órdenes intempestivas fué la causa de todos nuestros reveses. El cambio de ideas y de planes en las cosas de ejecución, y sobre todo en la guerra, es siempre funesto. Si Moreau, á quien se hubiera debido confiar el mando desde un principio, lo hubiera tenido al menos desde la jornada de Cassano, sin compartirle con nadie, habríase salvado todo; pero asociándole tan pronto con Macdonald como con Joubert, impidiéndosele por segunda y tercera vez reparar nuestras desgracias, volviendo por el honor de nuestras armas.

Joubert, á quien por medio de lisonjas y un matrimonio se quiso atraer al partido que proyectaba una reorganización, perdió un mes entero, el de mesidor (junio y julio), para celebrar sus bodas, malogrando así una ocasión decisiva. No se le atrajo realmente al partido que buscaba en él un apoyo, pues permaneció fiel á

los patriotas, é hicieronle perder inútilmente un tiempo precioso. Joubert marchó diciendo á su joven esposa: *Volverás á verme muerto ó victorioso*. Iba en efecto con la heroica resolución de vencer ó morir al llegar al ejército aquel noble joven, á mediados de termidor (primeros días de agosto), y manifestó la mayor deferencia al consumado maestro á quien iba á substituir, rogándole que permaneciese á su lado para darle consejos. Moreau, tan generoso como el joven general, quiso asistir á su primera batalla y ayudarle con sus consejos. Noble y conmovedora fraternidad, que honra las virtudes de nuestros generales republicanos, y que pertenece á una época en que el celo patriótico predominaba aún sobre la ambición en el alma de nuestros guerreros.

El ejército francés, formado con los restos de los de la alta Italia y de Nápoles y de los refuerzos que llegaron del interior, se elevaba á cuarenta mil hombres, perfectamente reorganizados y ansiosos de medirse de nuevo con el enemigo. Nada igualaba el patriotismo de aquellos soldados, que, siempre batidos, no se desanimaban nunca, y pedían siempre que se les condujera ante el enemigo. Ningún ejército republicano ha merecido más de Francia, porque ninguno contestó mejor al injusto cargo dirigido á los franceses al decir que no sabían soportar los descalabros. Verdad es, no obstante, que una parte de su firmeza era debida al bravo y modesto general en quien había depositado toda su confianza, y que le arrebatában siempre en el momento de conducirlo á la victoria.

Aquellos cuarenta mil hombres eran independientes de los quince mil que debían servir á las órdenes de Championnet, formando el núcleo del ejército de los grandes Alpes. Habían salido por el Bormida sobre el Acqui y por el Bochetta sobre Gavi, situándose después delante de Novi. Estos cuarenta mil hombres, acudiendo á tiempo, antes de la reunión de los cuerpos ocupados en los sitios, podían obtener ventajas decisivas; pero Alejandría acababa de abrir sus puertas el 4 termidor (22 de julio), y circulaba vagamente el rumor de que Mantua había hecho lo mismo. Muy pronto se confirmó esta triste noticia, y supose que la capitulación se había firmado el 12 termidor (30 de julio). Kray acababa de incorporarse á Suwarow con veinte mil hombres, de modo que las fuerzas de los austro-rusos constaban entonces de sesenta y tantos mil. No era, pues, posible que Joubert luchase con suertes iguales contra un enemigo tan superior; y habiendo reunido un consejo de guerra, opinóse unánimemente por volver al Apenino y limitarse á la defensiva, esperando nuevas fuerzas.

Joubert iba á conformarse con aquella resolución, cuando se halló atacado por Suwarow y obligado á aceptar la batalla. El ejército francés formaba un semicírculo en las faldas del Monte-Rotondo, dominando toda la llanura de Novi. La izquierda, formada por las divisiones de Grouchy y Lemoine, se extendía circularmente delante de Pasturana y tenía á la espalda el barranco de Riasco, por donde era accesible al enemigo que se aventurase á entrar en él. La reserva de caballería, mandada por Richepanse, se hallaba detrás de esta ala, y en el centro la división de Laboissiere, cubriendo las alturas á derecha é izquierda de Novi. La división de Watrín defendía en el costado derecho el paso del Monte-Rotondo por la parte del camino de Tortona, y Dombrows-

ky, con una división, bloqueaba á Seravalle, mandando Perignón nuestro flanco izquierdo y Saint-Cyr nuestro centro y ala derecha. La posición era fuerte, bien ocupada en todos los puntos y difícil de tomar; sin embargo, cuarenta mil hombres contra más de sesenta mil no podían lograr grandes ventajas; por cuya razón Suwarow resolvió atacar la posición con su acostumbrado ímpetu, y dirigió á Kray hacia nuestra izquierda con las divisiones de Ott y Bellegarde. El cuerpo ruso de Derfelden, que tenía á la cabeza la vanguardia de Bagration, debía acometer á nuestro centro hacia Novi; Melas, rezagado algún tanto con el resto del ejército, acometió á nuestra derecha, y por una singular combinación, ó más bien por falta de ella, debían ser sucesivos los ataques y no simultáneos.

El 28 termidor (15 de agosto de 1799) Kray principió el ataque á las cinco de la mañana, acometiendo Bellegarde á la división de Grouchy en el extremo izquierdo y Ott á la de Lemoine. Ninguna de las dos estaban aún formadas, de modo que faltó poco para que fuesen sorprendidas y arrolladas; pero la tenaz resistencia de una de las medias brigadas obligó á Kray á dirigirse contra la 20.<sup>a</sup> ligera, á la que desbarató, dirigiendo contra ella su principal esfuerzo. Ya ponían el pie en la meseta sus tropas, cuando Joubert acudió á galope al lugar del peligro; ya no era tiempo de pensar en la retirada; y debíase exponerle todo para rechazar al enemigo. Al avanzar en medio de los tiradores para reanimarlos, fué herido de un balazo cerca del corazón, y rodó por tierra: casi moribundo, el joven héroe gritaba todavía á sus soldados: «¡Adelante, amigos míos, adelante!» Este suceso podía introducir el desorden en el ejército; más por fortuna Moreau había acompañado á Joubert hasta aquel punto, y encargándose al momento del mando que le confería la confianza general, reunió á los soldados furiosos de resentimiento, y los dirigió contra los austriacos. Los granaderos de la media brigada 34.<sup>a</sup> los echaron de la meseta á bayonetazos; pero desgraciadamente no tenían los franceses puesta en batería su artillería, mientras los austriacos, por el contrario, hacían estragos en las filas con una granizada de balas y granadas. Durante esta acción, Bellegarde trataba de flanquear la extrema izquierda por el barranco de Riasco, que, como hemos indicado, era accesible; y ya se había internado bastante, cuando Perignón, oponiéndole muy á tiempo la reserva, mandada por el general Clausel, le detuvo en su marcha. Perignón acabó de derrotarle en la llanura, mandando á los granaderos de Partouneaux y á la caballería de Richepanse que dieran una carga. Este vigoroso ataque dejó libre el ala izquierda.

Gracias á la singular combinación de Suwarow que se empeñó en dar ataques sucesivos, no se había visto acometido aún nuestro centro, y Saint-Cyr tuvo lugar de tomar sus disposiciones y acercarse á Novi la división Watrín, que formaba su extrema derecha. A instancias de Kray, que pedía un ataque para ser apoyado en el centro, Bagration se decidió al fin á embestirle con su vanguardia. La división Laboissiere que estaba á la izquierda de Novi, dejando á los rusos de Bagration acercarse á medio tiro de fusil, los desbarató de pronto con un fuego espantoso de fusilería y de metralla, que dejó la llanura cubierta de muertos. Bagration, sin ceder por

eso, dirigió entonces algunos batallones para flanquear á Novi por nuestra derecha; pero saliendo al encuentro la división Watrín, que se acercaba á dicho punto, fueron rechazados á la llanura.

Así se llegó á la mitad del día, sin que fuese merma nuestra línea. Suwarow, que acababa de llegar con el cuerpo ruso de Derfelden, ordenó un ataque general contra toda aquella: Kray debía acometer de nuevo la izquierda, Derfelden y Bagration el centro, y Melas recibió orden de apresurar el paso para caer sobre nuestra derecha. Dispuesto ya todo, el enemigo se pone en movimiento en toda la línea: Kray, encarnizándose contra nuestra izquierda, procura todavía que Ott acometa de frente; pero la reserva Clausel rechaza á las tropas de Bellegarde, y la división Lemoine desbarata á Ott en las pendientes de las colinas. Suwarow en el centro mandó acometer furiosamente á derecha é izquierda de Novi, y la división de Watrín frustró otra vez, como por la mañana, una nueva tentativa para rodear el pueblo. Por desgracia, llevados de su arrojo nuestros soldados, empuñáronse demasiado precipitadamente en la persecución del enemigo, y al aventurarse en la llanura fueron rechazados hasta sus posiciones. A la una disminuyó el fuego á causa de la fatiga general; pero volvió á comenzar muy pronto con violencia; y los franceses, inmóviles como murallas por espacio de cuatro horas, resisten con admirable serenidad la furia de los rusos. Las pérdidas que habían sufrido hasta entonces eran poco considerables; mientras que las de sus enemigos, por el contrario, eran horribles, hallándose la llanura cubierta de sus muertos y heridos.

Desgraciadamente, el resto del ejército austro-ruso llegaba de Rivalta, á las órdenes de Melas, y este nuevo refuerzo iba á dirigirse contra nuestra derecha. Al observarlos Saint-Cyr, llama á la división Watrín, que se había internado mucho en la llanura, y la dirige á una meseta á la derecha de Novi; pero mientras se efectúa este movimiento, rodéanla por todas partes las divisiones de Melas, y á su vista se desorganiza, huyendo precipitadamente á la meseta. Reúnese, sin embargo, un poco más atrás, durante cuyo tiempo, redoblando Suwarow sus esfuerzos en el centro hacia Novi, rechaza por fin del pueblo á los franceses, apoderándose de las alturas que á derecha é izquierda le dominan. Moreau, juzgando desde aquel momento necesaria la retirada, manda verificarla antes que queden cortadas por nuevos progresos del enemigo las comunicaciones por Gavi.

La división de Watrín se ve precisada en la derecha á abrirse paso para recobrar el camino de aquel punto ya interceptado; la de Laboissiere se retira á Novi, y las de Lemoine y Grouchy se repliegan á Pasturana, sufriendo las terribles cargas de Kray. Introdúcese un batallón en el barranco de Riasco, que pasa por detrás de Pasturana, y su fuego desbarata nuestras columnas, arrollando la artillería y caballería. La división de Lemoine, estrechada por el enemigo, se desordena y precipita en el barranco, y nuestros soldados quedan arrollados como el polvo invadido por el viento. Perignón y Grouchy reúnen algunos valientes para contener al enemigo y salvar la artillería, pero los acuchillan ó quedan prisioneros. Perignón recibe siete balazos y Grouchy seis. El valiente Colli, el general piemontés que tanto se había distinguido en las primeras campañas

contra nosotros, habiéndose pasado después á nuestro ejército, forma un cuadro con algunos batallones; resiste hasta que se ve deshecho, y cae cubierto de heridas en manos de los rusos.

Después del primer momento de confusión, se reunió el ejército delante de Gavi, sin que los austro-rusos pudieran perseguirle por estar muy fatigados, y así pudo seguir su marcha sin ningún contratiempo. Las pérdidas fueron iguales por ambos lados; en cada ejército podían calcularse en unos diez mil hombres, pero en el austro-ruso fué mayor el número de heridos y muertos, al paso que nosotros perdimos más prisioneros, al general en jefe, á cuatro generales de división, treinta y siete piezas de artillería y cuatro banderas. Nunca habíamos manifestado un valor más admirable ni mayor tenacidad, pero nuestras fuerzas eran inferiores á las del enemigo en una tercera parte. Los rusos mostraron su fanático ardimiento, pues debieron el triunfo más bien á su número que á los planes de su general, el cual manifestó en esta ocasión la más crasa ignorancia. En efecto, expuso á sus columnas á ser abrasadas una después de otra, y no operó bastante contra nuestra izquierda, que era el punto donde debía haber cargado. Esta funesta batalla nos ocasionaba la pérdida definitiva de Italia, imposibilitándonos de sostener la campaña; teníamos que reducirnos al Apenino, y nos dábamos por contentos con conservarlo. No podía imputarse á Moreau la pérdida de esta batalla, sino á la fatal circunstancia de haberse reunido Kray con Suwarow, debiéndose este último desastre á la tardanza de Joubert.

No se reducían nuestra derrotas á la batalla de Novi, sino que al fin verificaban los ingleses y rusos la expedición contra Holanda, que anteriormente se había anunciado. Pablo I había estipulado con Pitt un tratado, por el cual debía dar diez y siete mil rusos, pagados por Inglaterra y con destino á Holanda. Después de vencidas dificultades inmensas, se preparó la expedición para fines de agosto (primeros de fructidor), reuniéndose treinta mil ingleses con los diez y siete mil rusos, y si se efectuaba el desembarco sin impedimento alguno, había grandes esperanzas de arrebatár la Holanda á los franceses, interés á que exclusivamente atendía Inglaterra, que aunque sólo hubiera logrado destruir las escuadras y arsenales de Holanda, quedaba sobradamente reintegrada de los gastos de la expedición. Dirigióse hacia el Báltico en busca de los rusos una numerosa escuadra, dándose á la vela el primer destacamento con el general Abercrombie para intentar el desembarco, y estando reunidas todas las tropas expedicionarias quedarían bajo las órdenes del duque de York.

El punto que había más á propósito para desembarcar en Holanda era la embocadura del Mosa, pues así se amenazaba la línea de retirada de los franceses y se abordaba cerca del Haya, que era donde más secuaces tenía el estatíder; pero se prefirió el Norte de Holanda por la comodidad de las costas. Abercrombie dirigióse hacia el Hélder, donde llegó á fines de agosto, desembarcando cerca de este punto el 10 fructidor (27 de agosto), después de vencer muchos obstáculos en las cercanías de Groot-Keeten. Los inmensos preparativos que exigió la expedición y la vigilancia de las escuadras inglesas en la costa despertaron bastante la